

CELEBRACIONES EXTRAORDINARIAS EN CUARESMA

El tiempo de Cuaresma fue para nuestros mayores un período litúrgicamente tan subrayado que, de hecho, constituía el «tiempo fuerte» por antonomasia del año litúrgico. Y lo era principalmente -tanto en los Monasterios como en las comunidades parroquiales- a través de algunas prácticas que tenían lugar únicamente en estos días penitenciales. Para ver hasta que punto la Cuaresma superaba en importancia los demás tiempos litúrgicos baste recordar -es un simple ejemplo- que hasta la reforma litúrgica del Vaticano II la Cuaresma era el único ciclo del año que tenía lecturas propias para cada una de las ferias. El subrayado cuaresmal resultaba tan intenso que de hecho eclipsaba incluso la centralidad de la Cincuentena pascual, que frente a ella, aparecía como un ciclo anodino.

Evitada esta última exageración -es decir, salvada la primacía del ciclo pascual como tiempo culminante del año litúrgico- es preciso insistir en que se recupere para la Cuaresma el carácter de «tiempo fuerte» y se busquen maneras y modos -nuevos o restaurados- para diferenciar claramente los días de Cuaresma de los restantes del año.

Este carácter de tiempo más intenso la Cuaresma debe recuperarlo precisamente a través de celebraciones y de signos externos propios e incluso -si fuere preciso- de celebraciones más largas. En estos días, por ejemplo, no se puede olvidar la supresión de las flores (incluso en el lugar de la Reserva eucarística) y de la música instrumental, el uso de melodías más simples y austeras (por ejemplo en los himnos y en los tonos del «Benedictus» y del «Magnificat»), de Misas, si conviene, más prolongadas (como prolongadas eran las antiguas predicaciones o Via Crucis

cuaresmales). La «sacramentalidad» de la vida cristiana exige la presencia en Cuaresma de signos austeros y penitenciales como éstos.

En el número de enero de Oración de las Horas nos referimos ya a una práctica piadosa -el Via Crucis- especialmente oportuna para subrayar la peculiaridad de la Cuaresma. Hoy ofrecemos un nuevo material muy propio y muy expresivo también para este tiempo: las «Estaciones cuaresmales». Se trata de unas celebraciones que fueron muy características de Cuaresma no sólo en Roma sino también en muchas otras Iglesias locales (París o Milán, por ejemplo). A estas «Estaciones», por otra parte, aluden también actualmente tanto el Misal romano (rúbrica antes del miércoles de ceniza) como el Ceremonial de Obispos (parte IV, cap. III).

Las «Estaciones cuaresmales» tienen fundamentalmente dos finalidades: la de reunir, a poder ser en torno al Obispo, a los fieles de varias comunidades que habitualmente celebran la fe en grupos más dispersos significando con ello, de forma muy expresiva, la unidad de la Iglesia, y la de insertar y subrayar el papel de los santos en el camino de renovación cuaresmal. La primera de estas dos finalidades no siempre podrá obtenerse -no es posible que todos los fieles participen en la celebración presidida por el Obispo-; la segunda, en cambio -la de intensificar la presencia de los santos en las celebraciones cuaresmales- resulta fácil lograrla incluso en los Monasterios de monjas contemplativas.

La Iglesia en los días de Cuaresma lucha por vencer el mal y configurarse mejor al ideal de santidad que le propone el evangelio. Resulta, pues, especialmente significativo que en estos días los santos, que fueron los que más se distinguieron en el seguimiento fiel del evangelio, estén especialmente presentes como intercesores de los que luchan por lograr la santidad y como ejemplos insignes del camino pascual que se propone a la Iglesia, pues fue este camino el que ellos andaron con relieve especial a través del testimonio de su martirio o de su santidad heroica.

Recordar, como lo proponemos en el *Material para la celebración* de este número, algunos santos escogidos precisamente de entre los que han sido recientemente canonizados, puede constituir además un testimonio atrayente de como la santidad cristiana, no es una realidad exclusiva de tiempos pasados sino que está también presente en nuestros días.

Después de la renovación conciliar, y siguiendo en ésto los votos del Vaticano II (Cf. Sac. Conc., n. 108), el ciclo temporal ha recobrado aquella preeminencia

que le corresponde frente a las fiestas de los santos (preeminencia que, en casi todos los lugares, se había ido perdiendo progresivamente por la presencia excesiva del culto a los santos). Pero quizá, en algunos lugares o ambientes por lo menos, el relego de los santos a un plan más secundario -algunas veces incluso su olvido total- ha sido tan radical que se han sobrepasado los justos límites. Y el pueblo fiel -nosotros- necesita del ejemplo de los santos. En los días cuaresmales en concreto sus figuras son aliciente de aquella renovación pascual que todos los cristianos deben perseguir. «Al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo -nos recuerda el Vaticano II- la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, y propone a los fieles sus ejemplos para atraerlos al seguimiento más perfecto de Cristo» (Cf. Sac. Conc. n. 4).

El «aire de simpatía» en torno a la religiosidad popular que hoy se respira en muchos lugares, ¿no será quizá como un signo o un resurgir espontáneo de los fieles que, con sus prácticas populares -casi siempre la religiosidad popular se expresa en torno a los «santos locales»- manifiestan cómo en el fondo necesitan la presencia de unos «leaders» -los santos- para su vida cristiana? Y si no se orienta debidamente el papel que corresponde a los santos en las celebraciones cristianas ¿no cabe el peligro de que vuelva a surgir una nueva e indeseable primacía popular del santoral que relegue nuevamente el ciclo temporal y cristológico a segundo término? La práctica de las «Estaciones cuaresmales» nos parece un medio equilibrado para evitarlo pues inserta -como lo hizo la antigüedad cristiana- el culto a los santos precisamente en el interior mismo del ciclo temporal.

Es posible que la forma concreta que ofrecemos en este número como *Material para la celebración* -nota biográfico-reflexiva sobre un santo reciente y canto de las letanías- algunos la juzguen excesivamente larga, sobre todo para las parroquias. Por nuestra parte creemos que el hecho de que la Misa dominical de Cuaresma sea algo más larga puede ser, por el contrario, un medio eficaz -por lo menos en las asambleas que congregan a los fieles más «sinceramente practicantes»- para que el pueblo recupere y viva los días de Cuaresma como un tiempo verdaderamente «fuerte» y distinto de lo que son los restantes domingos del año. Que la misa dominical de Cuaresma sea algo más larga -eso sí, con la condición de que resulte «espiritualmente interesante»- constituirá como un toque de atención para alejar la rutina de unas celebraciones siempre idénticas en su esquema y para descubrir que la Cuaresma es un tiempo «fuerte», una llamada al cambio de vida.

P. F.